

Literatura

Chateaubriand

Memorias
de ultratumba

Selección y prólogo
de Arturo Ramoneda



El libro de bolsillo
Literatura
Alianza Editorial

TÍTULO ORIGINAL: *Mémoires d'outre-tombe*

TRADUCTOR: J. Zamacois

Diseño de cubierta: Alianza Editorial

Ilustración: A. Girodet-Trioson. *Chateaubriand*.

Museo Municipal Saint-Malo. Francia

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la selección y el prólogo: Arturo Ramoneda, 2003

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2003

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15;

28027 Madrid; teléfono 91 393 88 88

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 84-206-5620-8

Depósito legal: B.-42.552-2003

Impreso en Novoprint, S. A.

Printed in Spain

Prólogo

La obra literaria y política de Chateaubriand

Repercusiones de la Revolución Francesa y del viaje a América.
-«*Ensayo sobre las Revoluciones*». - «*Atala*». - «*René*». - «*Los Natchez*»

Se ha afirmado con frecuencia que la inquietud, el malestar y la desesperanza que se observan en la literatura de comienzos del siglo XIX tuvieron su origen en la Revolución francesa y en las guerras napoleónicas. En *La confesión de un hijo del siglo*, Alfred de Musset escribe: «La enfermedad toda del presente siglo proviene de dos causas: el pueblo que ha pasado por 1793 y por 1815 lleva dos heridas en el corazón. Todo cuanto existía ya no existe, lo que existirá no ha llegado aún. No busquéis en otra parte el secreto de nuestros males»¹.

Sin embargo, los gérmenes de la Revolución y los de la melancolía y el pesimismo decimonónicos hay que buscarlos en la agitación espiritual que fermentaba en la sociedad de la segunda mitad del siglo XVIII. La revisión de todos los valores, morales, políticos y sociales, la actitud crítica y analítica, la adopción de la duda como método filosófico, el triunfo del individualis-

1. Madrid, Alfaguara, 1987, p. 25.

mo y el entronizamiento del yo como causa, fin y objeto de cuanto existe, que se imponen en esa época, minaron los cimientos en los que se asentaba la paz interior del hombre y provocaron una crisis profunda y duradera. Obras como *La nueva Eloísa*, de Rousseau, y *Las desventuras del joven Werther*, de Goethe, anuncian una nueva forma de sentir y de pensar que desembocará en el Romanticismo.

En el caso de Chateaubriand, al que le toca asistir a esta etapa crucial en la que se derrumba un mundo que parecía consolidado para dar paso a otro en continuas transformaciones, sí fue la Revolución el acontecimiento que marcó sus primeros años, su visión del mundo y gran parte de sus actuaciones públicas y de sus obras literarias y políticas.

El odio y el resentimiento que se desencadenan en él tras la toma de la Bastilla, de la que fue testigo, unidos a su amor por la aventura, a unos proyectos vagamente científicos y al deseo de conocer la psicología del hombre natural, no contaminado por la civilización, lo impulsan, en 1791, a emigrar a América. Esta estancia en el Nuevo Continente aviva sus impulsos viajeros, que no lo abandonarán nunca.

En Londres, donde se establece después de la caída de la monarquía, escribe parte del largo poema épico en prosa *Los Natchez y Ensayo histórico, político y moral sobre las Revoluciones antiguas y modernas, consideradas en sus relaciones con la Revolución Francesa* (1797), en donde, con el apoyo de sus lecturas de los historiadores clásicos y modernos, intenta esclarecer los acontecimientos recientes a la luz de las diferentes transformaciones violentas que se habían sucedido a lo largo del tiempo.

En 1798 y 1799 mueren, respectivamente, su madre y una de sus hermanas, Julie. Esto lo lleva a revivir su piedad infantil y a reafirmarse en unas creencias religiosas que se habían ido entibiando. También, fiel a los principios de la aristocracia, va consolidándose en él, bajo la influencia de Louis M. de Fontanes, con el que ha intimado en Londres, la idea de que en la tradición, representada por el trono y la religión, están el orden y la

paz para la humanidad. Su exacerbado patriotismo y su deseo de que Francia recupere los esplendores pasados y su papel hegemónico, tanto político como cultural, en Europa, lo llevan a aproximarse a Napoleón, al que dedicará la segunda edición del *Genio del cristianismo*.

En el plano político, Chateaubriand se sitúa en la línea de otros contrarrevolucionarios, como Louis de Bonald y Joseph de Maistre, que denuncian el espíritu filosófico que condujo a la revolución y defienden el orden antiguo y el origen divino de la sociedad, en oposición a la tradición liberal y anticlerical representada por Paul-Louis Courier o por algunas obras en las que Kant se refiere, como puede verse sobre todo en la última que publicó, *El conflicto de las Facultades* (1798), a los cambios operados en Francia. Poco antes, en Inglaterra, Edmund Burke, en *Reflexiones sobre la Revolución en Francia* (1789-1790), había postulado, frente al pensamiento ilustrado, una vuelta al antiguo régimen y había advertido del peligro que suponía el afrancesamiento que comenzaba a extenderse por Europa y el mundo colonial.

En las obras que siguen, lo mismo en las pretendidamente objetivas que en las de corte autobiográfico, Chateaubriand hará que confluyan su propia vida, la historia, la ficción, la reflexión y el lirismo. La proyección constante en lo que escribe hace que todo se tiña de subjetivismo y que la realidad se presente más como él la soñó o como le hubiera gustado que fuera que en sus rasgos propios. Como Montaigne, Descartes y Rousseau, todo se analiza desde la perspectiva del «yo» («ser Chateaubriand o nada», dirá Victor Hugo en su juventud). En el *Ensayo histórico* ya precisaba: «En sus páginas se descubre sin cesar a un desdichado que habla consigo mismo, cuyo espíritu vaga de tema en tema y de recuerdo en recuerdo; que no pretende escribir un libro, sino una especie de diario íntimo de sus excursiones mentales y de sus sentimientos e ideas. Todos los autores que, perseguidos por los hombres, han pasado la vida aislados, hablan mucho de ellos mismos, porque los solitarios viven de su corazón». La conciencia, siempre arraigada en él, de la acción des-

ciones de la vida. Nuestro desencantamiento se manifestaba por un turbión de palabras: el silencio nos había oprimido, pero ahora nos desquitábamos.

Cuando cesaba la conversación, llamaba yo a la doncella, que conducía a mi hermana y a mi madre a sus habitaciones. Antes de retirarme me hacían mirar debajo de las camas y detrás de las puertas y registrar las chimeneas, la escalera, los pasadizos y los corredores inmediatos. Acudían a su imaginación todas las tradiciones del castillo, referentes a espectros y ladrones. Los habitantes de la aldea estaban convencidos de que un cierto conde de Combourg, que tenía una pierna de palo, muerto desde hacía tres siglos, se aparecía en determinadas épocas, y de que lo habían encontrado en la gran escalera de la torre: unas veces su pierna de palo se paseaba sola, otras acompañada de un gato negro.

Montboissier, agosto de 1817

Mi torreón. - Tránsito del estado de niño al de hombre. - Lucila. - Primer soplo de la musa. - Revelación sobre el misterio de mi vida

Como estas consejas se relataban en el momento de acostarse, mi madre y mi hermana se metían en la cama muertas de miedo; yo me retiraba a lo alto de mi torreón; la cocinera entraba en la torre grande y los criados bajaban a su subterráneo.

Mi aposento tenía una ventana que daba al patio interior; de día, la única perspectiva que se ofrecía a mis ojos eran las almenas de enfrente, donde vejetaban algunas oropéndolas y crecía un espino silvestre. Algunos vencejos, que durante el estío se escondían chillando en los agujeros de las murallas, eran mis únicos compañeros. Por la noche sólo veía un corto pedazo de cielo y algunas estrellas. Cuando brillaba la luna e

iba descendiendo hacia el Occidente, sus rayos penetraban en mi lecho a través de las grietas de la ventana. Los mochuelos, revoloteando de un lado a otro y pasando y repasando entre la luna y yo, dibujaban en mis cortinas la movible sombra de sus alas. Relegado al sitio más desierto del edificio, próximo a la abertura de las galerías, podía percibir el más imperceptible murmullo de las tinieblas. El zumbido del viento se parecía algunas veces al ruido que producirían los precipitados pasos de una persona, otras veces se confundía con ayes lastimeros; de repente, y cuando estaba más descuidado, crujía con violencia la puerta de mi aposento y exhalaban los subterráneos profundos gemidos; un momento después, iban expirando gradualmente todos estos rumores para volver a empezar de nuevo. A las cuatro de la mañana, la voz del señor del castillo, que llamaba a su ayuda de cámara, llegaba a mis oídos como la del último fantasma de la noche.

El empeño del conde de Chateaubriand en obligar a un muchacho a dormir solo en lo alto de una torre podía tener sus inconvenientes; pero, por el contrario, esto redundó en provecho mío. Aquella manera violenta de tratarme me dio el valor de un hombre, sin quitarme esa sensibilidad e imaginación de las que actualmente se quisiera privar a la juventud. En lugar de tratar de convencerme de que no había aparecidos, me obligaron a desafiarlos. Cuando mi padre me decía, con una sonrisa irónica: «¿Acaso tendría miedo el caballero?», hubiera sido capaz de acostarme con un muerto. Cuando mi buena madre me decía con dulzura: «Hijo mío, nada sucede en el mundo sin permiso de Dios; por lo tanto, siendo buen cristiano, nada debes temer de los malos espíritus», me tranquilizaba mejor que podrían hacerlo todos los argumentos de la filosofía. Fue mi triunfo tan completo, que los vientos de la noche, azotando mi torre deshabitada, únicamente servían de juguete a mis caprichos y de alas a mis sueños. Mi ardiente imaginación, que iba saltando de objeto en

objeto, sin hallar pasto suficiente en ninguna parte, hubiera devorado el cielo y la tierra.

A poco de regresar de Brest a Combourg, se verificó en mi existencia una revolución; el niño había desaparecido, mostrándose en su lugar el hombre, con sus goces pasajeros y sus disgustos perdurables.

Al principio, en tanto que las grandes pasiones llegaban, todo se convirtió en pasión en mí. Cuando, después de una comida silenciosa, durante la cual no me había atrevido a hablar, ni aun a comer siquiera, conseguía escaparme, mis transportes eran increíbles; no podía bajar la escalinata de escalón en escalón, porque mi impaciencia me impelía a saltarlos todos de una vez. Véame, pues, obligado a sentarme en el primero, para dar tiempo a que se calmase mi agitación; pero cuando llegaba al Patio Verde y a los bosques, principiaba a correr, saltar, bailotear y a regocijarme, hasta que, agotadas mis energías, caía al suelo jadeante y embriagado de locura y de libertad.

Mi padre solía llevarme de caza con él algunas veces; tan extremada era la afición que llegué a cobrar a este entretenimiento, que rayaba en delirio: todavía se me figura estar viendo el sitio en que maté la primera liebre. Muchas veces permanecí en otoño cuatro o cinco horas metido en agua hasta la cintura para tirar a los ánades que iban a posarse a la orilla de un estanque; actualmente no puedo ver con sangre fría a un perro de casta que se queda rezagado. Con todo, en mi primera afición a la caza, entraba, en gran parte, el deseo de independenciamiento, de saltar las zanjales, recorrer los campos, las marismas y los matorrales y encontrarme, solo y a mis anchas, con una escopeta en un sitio desierto; es decir, el ímpetu, la fuerza y la soledad eran en mí una segunda naturaleza. Mis excursiones se alargaban tanto algunas veces, que quedaba imposibilitado de poder regresar al castillo, y se veían precisados los guardas a conducirme en una camilla improvisada con ramas de árboles.

Sin embargo, el placer de la caza no me satisfacía completamente: agitábame un vago deseo de felicidad que no alcanzaba a analizar ni a comprender; mi corazón y mi espíritu acababan de formarse como dos templos vacíos, sin altares y sin víctimas; ignorándose a qué Dios se adoraría en ellos.

Mi hermana Lucila era alta y de una belleza notable, aunque grave al mismo tiempo. Sus largos cabellos negros hacían resaltar la palidez de su rostro; sus miradas, llenas de fuego unas veces y melancólicas otras, se elevaban al cielo o vagaban en torno suyo. Su continente, su voz, su sonrisa y su fisonomía denotaban un carácter sufrido e inclinado a la contemplación.

Lucila y yo éramos enteramente inútiles el uno para el otro. Cuando hablábamos del mundo, nos referíamos al que conocíamos, el cual se parecía muy poco al mundo verdadero. Ella veía en mí a su protector, y yo la consideraba como una amiga. Con frecuencia se apoderaban de su imaginación pensamientos siniestros, que yo no conseguía disipar sino tras grandes esfuerzos: a los diecisiete años deploraba la pérdida de los años de su juventud, y quería sepultarse en un claustro. Todo le era indiferente o le producía penas y disgustos: una expresión que interpretaba a su modo o una quimera que se forjaba en su imaginación, la atormentaban meses enteros. La he visto muchas veces, con la cabeza apoyada en la mano, permanecer horas enteras inmóvil e inanimada en un profundo arrobamiento: cuando se recogía en sí misma, no daba ninguna señal exterior de vida, ni se veían las palpitaciones de su seno. Su actitud, su melancolía y su severa belleza le daban el aire de un genio fúnebre. Cuando yo intentaba consolarla, a los pocos momentos era presa también de una desesperación inexplicable.

Mi hermana tenía extremada afición a leer a solas al anonchecer en un libro devoto: su oratorio predilecto era la encrucijada de dos caminos campestres, en la cual había una cruz de piedra y un álamo.

La concentración del alma producía en el espíritu de Lucila efectos extraordinarios: cuando dormía tenía ensueños proféticos; cuando se hallaba despierta, parecía que el libro del porvenir estuviese abierto ante sus ojos. En un descansillo de la escalera de la torre había una péndola que marcaba el tiempo en silencio. Mi hermana iba a sentarse en sus insomnios en uno de los escalones, colocándose enfrente del reloj, mirando la muestra a la luz de su lámpara que dejaba en el suelo. Cuando las agujas, unidas a media noche, señalaban, como resultado de su formidable maridaje, la hora de los crímenes y de los desórdenes, Lucila oía ciertos rumores que le revelaban muertes lejanas. Estando en París algunos días antes del 10 de agosto, con mis otras hermanas, que vivían junto al convento del Carmen, al fijar la vista en un espejo, exclamó dando un penetrante grito: «¡Acabo de ver entrar a la muerte!». En los umbríos bosques de Caledonia, Lucila hubiera sido una de esas mujeres celestiales de Walter Scott, dotadas de segunda vista: en los matorrales de la península armoricana no era más que una solitaria de prodigiosa belleza, de raro ingenio y perseguida por la desgracia.

La vida que hacíamos en Combourg, tanto mi hermana como yo, aumentaba la exaltación de nuestra alma y de nuestro carácter. La principal diversión que teníamos consistía en pasearnos por el lado del Mallo grande, sobre un tapiz de velloritas en la primavera, sobre un lecho de hojas secas en otoño, sobre un manto de nieve, bordado con la huella de los pájaros, de las ardillas y de los armiños, en el invierno. Jóvenes como las velloritas, tristes como las hojas secas y puros como la nieve recién caída, los objetos que constituían nuestro recreo armonizaban con nosotros.

En uno de aquellos paseos fue cuando, oyéndome hablar Lucila, con entusiasmo, de la soledad, me dijo: «Tú deberías pintar todo esto». Esta frase me reveló la musa; encendió mi alma un soplo divino, y empecé a hablar en verso como si hu-

biese sido mi idioma natural; pasaba día y noche cantando mis placeres; es decir, cantando mis bosques y mis valles: recuerdo que hice una porción de idilios o cuadros de la naturaleza.

¿Ha brillado después en mí aquel talento que me prometía la amistad? ¡Cuántas cosas he esperado inútilmente! Un esclavo, en el *Agamenón*, de Esquilo, es colocado de centinela en lo alto del palacio de Argos; sus ojos tratan de descubrir la señal convenida del regreso de las naves; canta para hallar algún solaz en sus vigiliass; pero pasan las horas, se ocultan los astros, y la antorcha, entre tanto, no brilla.

Cuando, después de muchos años, la luz tardía apareció sobre las olas, el esclavo se hallaba encorvado ya bajo el peso del tiempo; nada le resta que hacer más que recoger las desgracias, y el coro exclama: «Que un anciano es una sombra que vaga errante a la claridad del día».

La afición que mi hermana me inspiró hacia la poesía vino a producir en mí los mismos efectos que el aceite arrojado al fuego. Mis sentimientos adquirieron un nuevo grado de fuerza; un deseo vanidoso cruzó por mi espíritu; creí un instante en mi *talento*; pero habiendo recobrado pronto una justa desconfianza de mí mismo, comencé a dudar de él, como he dudado siempre. Empecé a considerar mi trabajo como una mala tentación, y acusaba a Lucila por haber hecho nacer en mí una inclinación desgraciada; dejé de escribir, y me puse a llorar mi gloria venidera, como otro pudiera llorar la pérdida de sus pasadas glorias.

Vuelto a mi primera ociosidad, sentí, entonces más que en otras ocasiones, lo que faltaba a mi juventud; yo era un misterio para mí mismo. No podía ver a una mujer sin turbarme, ruborizándome si ella me dirigía la palabra. Mi timidez excesiva con todo el mundo era tan grande cuando estaba entre el bello sexo, que hubiera preferido cualquier tormento a encontrarme a solas con una mujer; pero inmediatamente que ésta se separaba de mi lado, la llamaba con todas mis fuerzas.

Recordaba claramente las descripciones de Virgilio, de Tibuloy y de Massillon; pero la ternura filial y fraternal engañaba mis ideas acerca de otra ternura menos desinteresada. Si me hubieran entregado las esclavas más bellas de un serrallo, no hubiera sabido qué pedirles. La casualidad vino a ilustrarme sobre este punto.

Un vecino del dominio de Combourg fue al castillo con su mujer, que era muy linda, a pasar algunos días con nosotros. No recuerdo lo que ocurrió repentinamente en la aldea, que todo el mundo se dirigió corriendo a la ventana para enterarse de lo que sucedía. Yo llegué el primero, y oyendo detrás de mí los pasos de la forastera, me volví hacia ella, deseando cederle el sitio; pero, involuntariamente, me cerró el paso, y me sentí oprimido entre ella y la ventana. Ignoro lo que pasó entonces en mi interior.

Desde aquel instante entreví que el amar y ser amado de una manera que era para mí desconocida, debía ser la suprema felicidad. Si hubiese hecho lo que hacen los demás hombres, bien pronto hubiera conocido los placeres y las penas de la pasión, cuyo germen abrigaba en mi pecho. El ardor de mi imaginación, mi timidez y la soledad fueron causa de que, en vez de demostrar mis pensamientos, me replegase sobre mí mismo; a falta de un objeto real, evoqué, con el poder de mis vagos deseos, una visión que no me abandonó jamás. No sé si la historia del corazón humano ofrece otro ejemplo de esta naturaleza.

La Vallée-aux-Loups, noviembre de 1817

Fantasma de amor. - Dos años de delirio. - Ocupaciones y quimeras. - Mis diversiones en el otoño. - Encantamiento

Me formé a mi antojo una mujer a partir de todas cuantas mujeres había visto: tenía el talle, el cabello y la sonrisa de la forastera que me oprimió contra su seno, y le di los ojos de

una joven de la aldea y la frescura de otra. Los retratos de las grandes señoras del tiempo de Francisco I, de Enrique IV y de Luis XIV, que adornaban el salón, me proporcionaron algunos otros rasgos, y había ido a copiar encantos hasta a los cuadros de las vírgenes suspendidos en las iglesias.

Esta encantadora me seguía invisible a todas partes; hablaba con ella como con un ser real, y la cambiaba a medida de mi deseo. Afroditas sin velo, Diana vestida de azul y rosa, Talía con su máscara risueña y Hebe con la copa de la juventud; era como un hada que la naturaleza hubiera sometido a mi voluntad. A cada momento estaba retocando mi lienzo y quitaba a mi deidad una de sus gracias para reemplazarla con otra. A veces cambiaba también sus adornos, tomándolos prestados de todos los países, de todos los siglos, de todas las artes y de todas las religiones.

Pigmalión estuvo menos enamorado de su estatua; me preocupaba, sin embargo, el modo de agradar a la mía. No reconociendo en mí mismo nada de lo que era preciso para ser amado, me prodigaba todo aquello que me era necesario. Montaba a caballo como Cástor y Pólux; tocaba la lira como Apolo; Marte manejaba sus armas con menos fuerza y destreza que yo; hacíame héroe de novela o de historia, y ¡cuántas ficticias aventuras no acompañaban a estas ficciones! Las sombras de las hijas de Morven (montaña de Escocia), las sultanas de Bagdad y de Granada, las castellanas de las antiguas moradas feudales, baños, perfumes, danzas, placeres de Asia; todo me lo apropiaba por medio de una mágica varita.

Mi sílfide era una joven reina, adornada con diamantes y flores, que iba a buscarme a media noche, a través de los jardines de naranjos, en las galerías de un palacio bañado por las olas del mar, situado en las embalsamadas playas de Nápoles o de Mesina, bajo un cielo de amor, que el astro de Endimión iluminaba con su luz: estatua animada de Praxíteles, avanza por entre sus estatuas inmóviles; el leve rumor de sus pasos sobre los mosaicos de los mármoles se mezcla con el murmullo del oleaje. Vémonos rodeados de amaranto por todas par-

la tierra? ¿Estaba destinado a la oscuridad o al brillo de la fama?

Ahora, lector, ya puedes pasar adelante. Atraviesa el río de sangre que separó para siempre el viejo mundo, del que acabas de salir, del mundo nuevo, a cuya entrada te sorprenderá la muerte.

París, noviembre de 1821

Año de 1789. - Viaje de Bretaña a París. - Aspecto de París. - Versailles. - Regocijo de la familia real. - Insurrección general. - Toma de la Bastilla. - Foulon. - Sesión del 4 de agosto de 1789. - Jornada del 5 de octubre. - Conducción del rey a París

El año de 1789, tan famoso en nuestra historia y en la historia de la especie humana, me sorprendió en los arenales incultos de mi país natal; no habiendo podido dejar la provincia sino demasiado tarde, llegué a París después del saqueo de la casa Rébeillon, la apertura de los Estados Generales, la constitución del estado llano en Asamblea Nacional, el juramento del Jeu-de-Paume, la sesión real del 23 de junio y la incorporación del clero y de la nobleza al estado llano.

En todos los pueblos por los que pasaba reinaba la mayor agitación: los campesinos detenían los carruajes en las aldeas, pedían los pasaportes e interrogaban a los viajeros. A medida que me aproximaba a la capital, el movimiento y la agitación iban siendo mayores. Al pasar por Versailles vi acuarteladas las tropas en los jardines, las plazas llenas de trenes de artillería, la sala provisional de la Asamblea Nacional situada en la plazuela de Palacio, y a los diputados que andaban de un lado a otro mezclados con los curiosos, los soldados y la servidumbre real.

Las turbas, agolpadas a las puertas de las panaderías, invadían las calles de París; los transeúntes se reunían alrededor de los guardacantones y pronunciaban discursos; los tenderos

abandonaban sus mostradores para ir en busca de noticias, que contaban luego a la puerta de sus tiendas; los alborotadores se aglomeraban en la plaza del Palais Royal; Camille Desmoulins empezaba a distinguirse entre los grupos.

Casi en el mismo instante en que nos apeamos la señora de Farcy, Lucila y yo en una fonda de la calle de Richelieu, estalló una insurrección: el pueblo se dirigió a la Abadía para poner en libertad a algunos guardias que habían sido arrestados por sus jefes. Los oficiales del cuadro de un regimiento de artillería, acuartelado en los Inválidos, se unieron al pueblo. Aquel día principió la defección en el ejército.

La corte, unas veces dispuesta a ceder y otras a resistir, tenaz y débil al mismo tiempo, y manifestando tan pronto miedo como valor, se dejó burlar por Mirabeau, el cual pidió el alejamiento de las tropas; pero la corte no consintió en que se alejasen; aceptó la afrenta y no destruyó la causa. Se propaló la noticia de que venía un ejército por el sumidero de Montmartre y de que los dragones iban a forzar las barreras; se excitó al pueblo a que desempedrará las calles y subiera las piedras hasta los quintos pisos para arrojarlas después sobre los satélites del tirano: los parisienses pusieron enseguida manos a la obra. En medio de aquel trastorno recibió Necker la orden de retirarse. El nuevo ministerio se componía de los señores de Breteuil, de Galaisière, del mariscal de Broglie, de La Vauguyon, de Laporte y de Foulon, que reemplazaban a los señores de Montmorin, de La Luzerne, de Saint-Priest y de Nivernais.

Un poeta bretón, que hacía muy poco tiempo que se había dado a conocer, me suplicó que lo llevase a Versailles.

Hay personas a las que no les importa visitar los jardines y las fuentes en medio de las convulsiones de los imperios: los emborronadores de papel son los que más adolecen de este achaque y los que tienen la facultad de entregarse a sus caprichos durante los más graves acontecimientos; su frase o su estrofa están por encima de todo.

Me decidí a llevar a mi Píndaro a la hora de misa a la galería de Versalles. El Ojo de Buey estaba radiante: la destitución del señor Necker había exaltado los ánimos; se creía segura la victoria, y Sanson y Simon, confundidos entre las masas, eran quizá espectadores del regocijo de la familia real.

La reina pasó con sus dos hijos, cuyas rubias cabelleras parecían reclamar una corona: la señora duquesa de Angulema, que entonces tenía once años, atraía las miradas de todos por su virginal orgullo: hermosa por la nobleza del rango y la inocencia de la juventud, parecía decir, como la flor de naranjo en *La guirnalda de Julie*, de Corneille:

J'ai la pompe de ma naissance.

El delfín caminaba bajo la protección de su hermana, y el señor Du Touchet iba detrás de su discípulo. El preceptor del príncipe me reconoció y llamó hacia mí la atención de la reina, la cual me miró sonriéndose y me saludó de la graciosa manera que lo había hecho el día de mi presentación. Nunca olvidaré aquella mirada que tan pronto debía extinguirse.

María Antonieta dibujó tan perfectamente al sonreírse la forma de su boca, que el recuerdo de aquella sonrisa (¡cosa horrible!) me hizo reconocer la mandíbula de la hija de los reyes en las exhumaciones de 1815.

El eco del golpe dado en Versalles retumbó en París. A mi regreso hube de retroceder al ver a la multitud que llevaba los bustos del señor Necker y del duque de Orleans, cubiertos con crespones; se gritaba: ¡Viva Necker! ¡Viva el duque de Orleans! Y entre estos vivas se oía de vez en cuando otro más avanzado e imprevisto: ¡Viva Luis XVIII! ¡Vitoreaban a aquel mismo niño cuyo nombre no se hallaría en la inscripción fúnebre de su familia si yo no lo hubiese recordado en la Cámara de los Pares! El príncipe de Lambesc, a la cabeza del regimiento *Royal-Allemand*, hizo retroceder al pueblo desde la Plaza de Luis XV hasta el jardín de las Tullerías, hiriendo a

un anciano; este incidente dio ocasión a que cundiera la alarma por todas partes. Fueron asaltadas las tiendas de los armeros y se extrajeron de los Inválidos treinta mil fusiles. Armáronse los paisanos con picas, garrotes, horquillas, sables y pistolas, y, mientras unos saqueaban Saint-Lazare, otros incendiaban las murallas. Apoderáronse de las riendas del gobierno los electores de París, y en una noche fueron organizados, armados y equipados de guardias nacionales sesenta mil ciudadanos.

El 14 de julio fue tomada la Bastilla. Yo asistí en calidad de simple espectador a este asalto, al que se opusieron únicamente algunos inválidos y un gobernador tímido. Si las puertas hubiesen estado cerradas, el pueblo no hubiera entrado jamás en la fortaleza. Solamente vi disparar dos o tres cañonazos, y estos disparos no fueron hechos por los inválidos, sino por algunos guardias franceses que habían subido ya a los torreones. Sacaron a de Launay de su escondrijo, y después de hacerle sufrir mil ultrajes, lo apalearon en las gradas del Ayuntamiento; el síndico de comercio, Flesselles, fue herido en la cabeza de un pistoletazo; tal era el espectáculo que encontraban tan agradable los hipócritas sin corazón. En medio de aquellos asesinatos, el pueblo se entregaba a la orgía, como lo hizo en las turbulencias de Roma en tiempo de Otón y de Vitelio. Felices y borrachos, proclamados conquistadores en tabernas, *los vencedores de la Bastilla* fueron paseados en triunfo por las calles y las plazas en carruajes de alquiler, escoltados por las prostitutas y los *sans-culottes*, cuyo reinado daba entonces principio.

Se multiplicaron las llaves de la Bastilla, y se remitieron a todos los fatuos de importancia de las cuatro partes del mundo. ¡Cuántas veces he desperdiciado mi fortuna! Si en aquella época en que representé el papel de espectador, me hubiera inscrito en el registro de los vencedores, disfrutaría hoy de una pensión.

Los peritos acudieron presurosos a hacer la autopsia de la Bastilla. Estableciéronse cafés provisionales en algunas tien-

das de campaña, y la concurrencia se aglomeraba allí como en la feria de Saint-Germain o de Longchamp. Veíase desfilar o detenerse una infinidad de carruajes al pie de las torres, desde las cuales les lanzaban enormes piedras entre inmensas nubes de polvo. Entre los obreros medio desnudos que demolían las murallas, con aplauso de la muchedumbre, había varias mujeres bien vestidas y algunos jóvenes elegantes. Presenciaban, además, este espectáculo los oradores de más fama, los literatos más conocidos, los pintores más célebres, los actores y actrices de más reputación, las bailarinas que estaban más en boga, los extranjeros más ilustres, los señores de la corte y los embajadores de Europa. La vieja Francia acudía para presenciar su fin; la moderna, para empezar su existencia.

Por odioso o miserable que sea un suceso, no debe ser tratado con ligereza cuando es grave por las circunstancias y llega a hacer época; lo que debió llamar la atención en la toma de la Bastilla no era precisamente el acto violento de la emancipación del pueblo, sino la emancipación misma, que fue el resultado de este acto.

Se admiró lo que debía condenarse, es decir, el accidente, y nadie buscó en el porvenir los destinos cumplidos de un pueblo, la transformación de las costumbres, de las ideas y de los poderes políticos y una renovación de la especie humana, cuya era inauguraba, con un sangriento jubileo, la toma de la Bastilla. La cólera brutal se cebaba en hacer ruinas, y la inteligencia, escudada y oculta bajo la cólera, fundaba con estas ruinas los cimientos del nuevo edificio.

Mas si la nación se equivoca acerca del hecho material, no se equivoca lo mismo sobre el hecho moral: aquella fortaleza era, a sus ojos, el trofeo de la esclavitud, y al verla situada a la entrada de París, al frente de los dieciséis pilares de Montfaucon, la consideraba como la horca de sus libertades. Al destruirla, el pueblo cree que sacude el yugo militar, y no hace más que contraer un empeño tácito de reemplazar el ejército

que disuelve: sabidos son los prodigios que hizo el pueblo cuando llegó a convertirse en soldado.

Al despertar Versalles por el ruido de los escombros de la Bastilla, y considerándolo como el ruido precursor de la caída del trono, pasó de la jactancia al abatimiento. El rey acudió presuroso a la Asamblea Nacional; pronunció un discurso desde el sillón presidencial, manifestando que estaba dada la orden para el alejamiento de las tropas, y regresó a palacio colmado de bendiciones: ¡demostraciones inútiles! Los partidos no creen nunca en la conversión de los partidos contrarios; la libertad que capitula o el poder que se degrada no obtiene gracia de sus enemigos.

Ochenta diputados partieron de Versalles para anunciar la paz a la capital; tan fausto acontecimiento fue celebrado con iluminaciones. El señor Bailly fue nombrado alcalde de París, y el señor de La Fayette comandante de la guardia nacional: no he conocido más respetable sabiduría que la que saca el pobre de sus desgracias. Las revoluciones tienen hombres para todos sus períodos; unos las siguen hasta el fin, y otros las empiezan, pero no las acaban.

La dispersión fue general. Los cortesanos partieron para Basilea, Lausana, Luxemburgo y Bruselas. La señora de Polignac encontró en su fuga al señor Necker, que regresaba. El conde de Artois, sus hijos y los tres Condés, llevando en pos de sí al alto clero y una parte de la nobleza, emigraron también. Los oficiales, amenazados a todas horas por sus insurrectos soldados, cedieron al torrente que los impelía a abandonar sus filas. El rey quedó solo ante la nación con sus dos hijos y algunas damas; la reina, *Mesdames* (las dos hijas todavía vivas de Luis XV) y la señora Isabel (hermana de Luis XVI). *Monsieur* (hermano segundo del rey), que se quedó hasta la evasión de Versalles, no podía ser útil a su hermano: la revolución desconfiaba de él, a pesar de que había decidido, en cierto modo, la suerte de esa revolución al opinar en la Asam-

blea de los Notables en pro del voto individual; además, no profesaba al rey una gran estimación, comprendía muy mal a la reina, y el afecto de ambos esposos hacia él era bastante frío.

Luis XVI llegó el 17 al Ayuntamiento y fue recibido por cien mil hombres, armados como los frailes de la Liga. Le arengaron, vertiendo lágrimas, los señores Bailly, Moreau de Saint-Méry y Lally-Tolendal. El rey se enterneció también a su vez, y colocó en su sombrero una enorme escarapela tricolor; esto le valió ser declarado allí mismo *hombre honrado*, *padre de los franceses* y *rey de un pueblo libre*, que se estaba preparando, en virtud de su libertad, a cortar la cabeza de este hombre honrado, de su padre y de su rey.

Pocos días después de esta reconciliación me encontraba en los balcones de mi posada con mis hermanas y algunos bretones, cuando oímos gritar: «¡Cerrad las puertas, cerrad las puertas!». Un grupo de descamisados se acercaba corriendo por uno de los extremos de la calle; llevaban dos estandartes que no distinguíamos bien desde lejos. Así que estuvieron más próximos, vimos que eran dos cabezas, desgredadas y desfiguradas horriblemente, que los predecesores de Marat llevaban en las puntas de dos picas: aquellas cabezas eran las de los señores Foulon y Berthier. Todos, excepto yo, se retiraron de los balcones. Los asesinos se pararon enfrente de mí y alargaron las picas, cantando, saltando y dando brincos para acercar a mi cara aquellas pálidas efigies. El ojo de una de las cabezas, al que habían hecho saltar de su órbita, caía sobre el oscuro semblante del cadáver; la pica atravesaba la abierta boca, cuyos dientes mordían el hierro. «¡Miserables! —exclamé, no pudiendo contener mi indignación—: ¿es así cómo entendéis la libertad?». Si en aquel instante hubiera tenido un fusil, lo hubiera disparado sobre ellos como sobre una manada de lobos. Los descamisados dieron bramidos de rabia y trataron de derribar a golpes las puertas cocheras para subir por mi cabeza y reunir la con las de sus víctimas. Mis herma-

nas se pusieron malas, y mis acobardados compañeros de la fonda me abrumaron a reconvenciones. Los asesinos, en cuya persecución venía fuerza armada, no tuvieron tiempo de invadir la casa y se marcharon.

Aquellas cabezas, y otras que vi en igual estado muy poco después, cambiaron mis disposiciones políticas; cobré un horror profundo a los festines de aquellos caníbales, y empezó a germinar en mi espíritu la idea de abandonar Francia y de dirigirme a cualquier país lejano.

El señor Necker, tercer sucesor de Turgot, después de Calonne y Taboureaux, fue llamado por segunda vez al ministerio el 25 de julio, y recibido con festejos y aclamaciones, se vio poco después sobrepasado por los sucesos y perdió su popularidad. No dejaba de ser una de las cosas singulares de aquella época que un personaje tan grave hubiese sido elevado al puesto de ministro por los manejos de un hombre tan adocenado y tan ligero como el marqués de Pezay. El *Rendimiento de cuentas*, que hizo que sustituyese el sistema de empréstitos al de contribuciones, removió las ideas hasta tal punto, que incluso las mujeres discutían acerca de los ingresos y de los gastos; por vez primera se veía o se creía ver alguna cosa en la máquina de los números. Aquellos cálculos, pintados de un color a lo Thomas, habían establecido la primera reputación del director general de finanzas. Hábil tenedor de caja, pero economista sin recursos; escritor noble, pero engreído, y hombre honrado, aunque sin virtud alguna elevada, el banquero venía a ser uno de aquellos antiguos personajes que se presentaban en el escenario a explicar al público la obra que iba a representarse y que desaparecían al levantarse el telón. El señor Necker es el padre de la señora Staël: su vanidad le impedía imaginar que su verdadero título para la posteridad sería la gloria de su hija.

La monarquía fue demolida, al igual que la Bastilla, en la sesión de la Asamblea Nacional de la tarde del 4 de agosto. Los que, llevados de su odio a lo pasado, declaman actual-

mente contra la nobleza, olvidan sin duda que un individuo de su seno, el vizconde de Noailles, secundado por el duque de Aiguillon y por Mathieu de Montmorency, fue el demolidor del edificio que era objeto de las prevenciones revolucionarias. En virtud de la proposición del diputado feudal, fueron abolidos los derechos feudales, los de caza, palomar y vivero, los diezmos, los privilegios de las órdenes, ciudades y provincias, las servidumbres personales, los señoríos de justicia y la venta de los oficios. Los golpes más violentos que recibió la antigua constitución del Estado procedían de los nobles. Los patricios empezaron la revolución, y los plebeyos la terminaron; la vieja Francia debió su gloria a la nobleza francesa; la Francia moderna le debe su libertad, en el caso de que exista libertad para Francia.

Las tropas, acantonadas en las cercanías de París, recibieron orden de retirarse, y por uno de esos consejos contradictorios que hacían fluctuar la voluntad del monarca, fue llamado a Versalles el regimiento de Flandes. Los guardias de corps dieron un banquete a la oficialidad del mismo, en el que se enardecieron las cabezas algún tanto; la reina se presentó a la mitad de la comida con el delfín, y hubo abundancia de brindis a la salud de la familia real: Luis XVI asistió también, y la música militar tocó la canción entusiasta y favorita: *Oh Richard, oh mon roi!* Al llegar a París la noticia de este banquete, los de opinión opuesta se apoderaron de ella con una avidez extraordinaria: se esparció el rumor de que Luis rehusaba su sanción a la declaración de los derechos para escaparse a Metz con el conde de Estaing. Marat, que en aquella época redactaba *El Amigo del Pueblo*, fue el propagador de estos rumores.

Yo no fui testigo de los sucesos del 5 de octubre. La relación de lo acaecido en aquella jornada se supo en la capital en la madrugada del 6, y nos anunciaron al mismo tiempo que el rey venía a París. Todo lo que yo tenía de tímido en los salones, lo tenía de audaz y osado en las plazas públicas: me

creía nacido para la soledad o para el *forum*. Fui a los Campos Elíseos, y lo primero que se ofreció a mi vista fueron los cañones, sobre los que iban montadas a horcajadas algunas harpías, ladronas y prostitutas, diciendo obscenidades y haciendo los gestos más inmundos. Detrás, y en medio de una horda compuesta de gentes de ambos sexos y de todas edades, caminaban a pie los guardias de corps, que se vieron precisados a cambiar con los guardias nacionales sus sombreros, espadas y tahalíes: cada uno de sus caballos llevaba encima a dos o tres verduleras, asquerosas bacantes, que iban borrachas y con los pechos al aire. Luego seguía la diputación de la Asamblea Nacional y los carruajes del rey, que rodaban entre la oscuridad polvorienta de un bosque de picas y bayonetas. A las portezuelas del coche iban algunos traperos llenos de harapos y carniceros con su sangriento delantal a la espalda, con su desnudo cuchillo en el cinturón y las mangas remangadas: la imperial, el pescante y el sitio de los lacayos estaban ocupados por otros personajes del mismo jaez. Disparábanse tiros de fusil y de pistola, y el populacho gritaba: *¡Ahí van el panadero, la panadera y el panaderito!* Delante del hijo de San Luis, y a guisa de oriflama, se elevaban sobre dos alabardas las cabezas de dos guardias de corps, rizadas y empolvadas por un peluquero de Sèvres.

El astrónomo Bailly dijo a Luis XVI en el Ayuntamiento que el pueblo, *humano, fiel y respetuoso*, acababa de conquistar a su rey; y el monarca, por su parte, *muy sensible a esta manifestación y muy contento*, declaró que había ido a París *por su propia voluntad*: falsedades indignas, hijas de la violencia y del miedo, que deshonraban entonces a todos los hombres y a todos los partidos. El rey no era falso, sino débil; pero si la debilidad no es lo mismo que la falsedad, hace sus veces: el respeto que deben inspirar la virtud y la desgracia de Luis XVI, santo y mártir, convierten todo juicio humano en un casi sacrilegio.

París, noviembre y diciembre de 1821

Asamblea Constituyente. – Mirabeau. – Una sesión de la Asamblea Nacional. – Robespierre. – Aspecto de París. – Mis días solitarios. – La señorita de Monet. – Arreglo con Malesherbes mi viaje a América. – Bonaparte y yo, subtenientes desconocidos. – El marqués de la Rouërie. – Me embarco en Saint-Malo. – Últimos pensamientos al dejar mi país natal

Los diputados abandonaron Versallés y tuvieron su primera sesión el 19 de octubre en uno de los salones del arzobispado. El 9 de noviembre se trasladaron al recinto del Manège, cerca de las Tullerías. En lo que quedaba de 1789 se expidieron decretos en que se despojaba de sus bienes al clero y se destruía la antigua magistratura y se crearon los asignados (papel moneda para hacer frente a las necesidades económicas de la Revolución).

La Asamblea Constituyente, a pesar de todo lo que puede reprochársele, no dejó de ser por eso la congregación popular más ilustre que había existido, tanto por la grandeza de sus transacciones como por la inmensidad de sus resultados. No hubo cuestión política, por elevada que fuese, que no tratase y resolviere con acierto. ¡Qué hubiera sido de ella si se hubiese atendido únicamente a los acuerdos de los Estados Generales y no hubiese tratado de avanzar más de lo que éstos avanzaron! Todo lo que la experiencia y la inteligencia humanas habían descubierto, concebido y elaborado durante tres siglos, se halla consignado en estas actas, así como los diversos abusos de la antigua monarquía y los medios propuestos para remediarlos. En ellas consta también la reclamación de todas las libertades, incluso la de la prensa, y la promoción de toda clase de mejoras para la industria, las manufacturas, el comercio, los caminos, el ejército, las contribuciones, la hacienda, las escuelas, la instrucción pública, etc. Hemos atravesado, sin sacar provecho alguno, abismos de crímenes y cum-

bres de gloria; la República y el Imperio no han servido para nada; el Imperio sólo reguló la fuerza brutal de los brazos que la República había puesto en movimiento, dejándonos la centralización, administración vigorosa que en mi opinión es un mal, pero que era quizá la única que hubiera podido reemplazar entonces a las administraciones locales cuando todas estaban destruidas y cuando la anarquía y la ignorancia bullían en todas las cabezas. Acerca de esto apenas hemos dado un paso desde la Asamblea Constituyente: sus trabajos son como los del gran médico de la Antigüedad (Hipócrates), que marcaron los límites de la ciencia.

Unido por los desórdenes y los azares de su vida a los más grandes acontecimientos y a la existencia de los presidiarios, de los despojadores y de los aventureros, Mirabeau, tribuno de la aristocracia y diputado de la democracia, tenía algo de Graco y de don Juan, de Catilina y de Guzmán de Alfarache, del cardenal de Richelieu y del cardenal de Retz, del truhán de la Regencia y del salvaje de la Revolución. Poseía, además, la esencia de los *Mirabeau*, familia florentina desterrada, que conservaba algo de esos palacios armados y de esos grandes facciosos cantados por el Dante; familia que se había naturalizado en Francia, donde el espíritu republicano de la Edad Media en Italia y el sentimiento feudal de nuestra Edad Media se habían concentrado en una sucesión de hombres extraordinarios.

La fealdad de Mirabeau, aplicada sobre el fondo de la belleza particular a su raza, producía una especie de figura poderosa parecida al *Juicio final* de Miguel Ángel. Los surcos que la viruela habían dejado sobre el semblante del orador semejaban la huella que deja el fuego al pasar. La naturaleza parecía haber modelado su cabeza para el imperio o para el cadalso, sus brazos estaban tallados para comprimir con ellos una nación o para raptar a una mujer. Cuando sacudía su cabellera mirando al pueblo, lo paraba; cuando levantaba su garra y

mostraba sus uñas, la plebe corría furiosa. Yo lo he visto, en medio del espantoso desorden de una sesión, sombrío, feo e inmóvil en la tribuna: recordaba el caos de Milton, imparable y sin forma en el centro de su confusión.

Mirabeau tenía algo de su padre y de su tío, quienes, como Saint-Simon, escribían a la diabla páginas inmortales. Suministrábanle discursos para la tribuna, y escogía de ellos lo que su espíritu podía amalgamar a su propia sustancia. Sacaba su energía de sus vicios, y estos vicios no nacían de un temperamento débil, sino de pasiones profundas, abrasadoras y tempestuosas. El cinismo de las costumbres lleva a la sociedad, al destruir el sentimiento moral, una especie de bárbaros de la civilización, aptos para destruir como los godos, pero que no tienen, como ellos, el poder de fundar; aquéllos eran los enormes hijos de una naturaleza virgen; éstos son los abortos monstruosos de una naturaleza depravada.

Dos veces encontré a Mirabeau en un banquete: una en la casa de la sobrina de Voltaire, la marquesa de Villette, y otra en el Palais-Royal, con diputados de la oposición que Chapelier me había hecho conocer: Chapelier fue al patíbulo en la misma carreta que mi hermano y el señor de Malesherbes.

Mirabeau habló mucho, y, sobre todo, mucho de sí mismo. Aquel hijo de leones, león él mismo, con cabeza de quimera; aquel hombre excesivamente positivo en los hechos, era todo lo novelesco, todo lo poeta, todo lo entusiasta posible por su imaginación: en su lenguaje se reconocía al amante de Sofía (condesa de Monnier), exaltado en sus sentimientos y capaz de sacrificio. «Yo encontré a esa mujer adorable... —me dijo—; supe lo que era su alma, esa alma formada por manos de la naturaleza en un momento de magnificencia.»

Sus aventuras amorosas, con sus deseos de retiro, que mezclaba con áridas discusiones, me encantaban. Me interesaba, además, por otro motivo: también él había sido tratado severamente por su padre, que, como el mío, guardaba la inflexible tradición de la autoridad paterna absoluta.

El gran convidado se extendió sobre la política extranjera, y no dijo casi nada sobre la política interior, que era, no obstante, lo que le preocupaba; pero dejó escapar algunas palabras de soberano desprecio contra los hombres que se proclamaban superiores merced a la indiferencia con que ven las desdichas y los crímenes. Mirabeau había nacido generoso, sensible a la amistad, inclinado a perdonar las ofensas. A pesar de su inmoralidad, su conciencia no se había falseado; sólo era corrompido para sí mismo: su espíritu recto y firme no hacía del asesinato una sublimidad de la inteligencia, y no sentía admiración por los asesinos.

Mirabeau era orgulloso, y se elogiaba ultrajándose; aunque se constituyó en mercader de paños para ser elegido por el pueblo (la nobleza había tenido la honrosa locura de rechazarlo), estaba orgulloso de su nacimiento. *Pájaro hurraño, cuyo nido se formó entre cuatro torrecillas*, dice su padre. No había olvidado que apareció en la corte montado en carroza y que había cazado con el rey. Exigía que se le calificase con el título de conde, y vistió a sus pajes y lacayos con la librea de su casa, cuando todo el mundo la suprimía. Con frecuencia citaba a su *pariente*, el almirante de Coligny. Repetía esta gracia desvergonzada y tan conocida: «En otra familia, mi hermano, el vizconde, sería el hombre de talento y la mala cabeza; en la mía es el tonto y el hombre de bien».

El fondo de los sentimientos de Mirabeau era monárquico; suya es esta hermosa frase: «He querido curar a los franceses de la superstición de la monarquía y sustituir su culto». En una carta que debía ser leída por Luis XVI, escribía: «No quisiera haber trabajado tan sólo en una vasta destrucción». Sin embargo, esto fue lo que ocurrió.

Removía a la opinión con dos grandes palancas: de un lado tomaba su punto de apoyo en las masas, de quienes se había constituido en defensor, al tiempo que las despreciaba; del otro, aunque traidor a su clase, sostenía la simpatía por las afinidades de casta y los comunes intereses. Nunca sucederá esto

al plebeyo, campeón de las clases privilegiadas; sería abandonado de su partido sin conquistarse la aristocracia, ingrata por naturaleza cuando no se ha nacido en su seno.

Mirabeau ha hecho muchos discípulos. Rompiendo los lazos morales, algunos han soñado que se transformaban en hombres de Estado. Estas imitaciones sólo han producido pequeños perversos: el que se vanagloria de ser corrompido y ladrón, no es más que un miserable bribón; el que se cree desprecupado, no es sino vil, y el que se lisonjea de ser criminal, sólo es un infame.

Muy pronto para él, demasiado tarde para ella, Mirabeau se vendió a la corte, y la corte lo compró. Vendió su renombre por una pensión y una embajada: Cromwell estuvo a punto de trocar su porvenir por un título y la orden de la Jarretera. A pesar de su soberbia, Mirabeau no se estimaba en lo que valía. La tumba lo desligó de sus promesas, poniéndolo al abrigo de los peligros que seguramente no habría podido vencer; su vida había demostrado su debilidad para el bien; su muerte lo ha dejado en posesión de su fuerza para el mal.

Al terminar el banquete se discutía sobre los enemigos de Mirabeau: yo me hallaba a su lado, y no había pronunciado una sola palabra. Mirándome fijamente con sus ojos de orgullo, de vicio y de genio, y aplicando su mano sobre mi espalda, me dijo: «Jamás me perdonarán mi superioridad». Aún siento la impresión de aquella mano, como si Satanás me hubiese tocado con su abrasada garra.

Cuando Mirabeau fijó sus miradas sobre un joven mudo, ¿tuvo un presentimiento de mis destinos futuros? ¿Pensó que algún día tendría que comparecer ante mis recuerdos? Estaba yo destinado a ser el historiador de los altos personajes que han ido desfilando ante mí, sin que yo me haya acogido a su manto para hacerme arrastrar con ellos a la posteridad.

Mirabeau sufrió ya la metamorfosis que se opera en todos aquellos cuya memoria está destinada a vivir: llevado desde el Panteón a las sentinas, y conducido de nuevo al Panteón, se

ha elevado a toda la altura de los tiempos que hoy le sirven de pedestal. No es ya el Mirabeau real, sino el Mirabeau idealizado, tal como lo retratan los pintores para hacerlo el símbolo o el mito de la época que representa: así es más falso y más verdadero. De tantas reputaciones, de tantos acontecimientos, de tantas ruinas, sólo quedan tres hombres, cada uno de ellos enlazado a cada una de las tres grandes épocas revolucionarias. Mirabeau para la aristocracia, Robespierre para la democracia, Bonaparte para el despotismo.

Las sesiones de la Asamblea Nacional ofrecían un interés que las sesiones de nuestras Cámaras están muy lejos de suscitar. Era necesario acudir muy temprano para lograr un asiento en las tribunas más altas. Los diputados llegaban comiendo, hablando, gesticulando, y se agrupaban en los varios ángulos de la sala, según sus opiniones. Después de leer el acta se fijaba el punto de discusión convenido, que siempre era algún proyecto extraordinario. Jamás se trataba allí de los insípidos artículos de una ley; la destrucción siempre formaba parte del orden del día. Se hablaba en pro y en contra; todo el mundo improvisaba bien o mal; los debates eran borrascosos; las tribunas se mezclaban en la discusión, ya aplaudiendo y vitoreando, ya silbando y gritando a los oradores. El presidente agitaba fuertemente la campanilla. Los diputados se apostrofaban desde un banco a otro. Mirabeau, el joven, cogía por el cuello a su competidor; Mirabeau, el mayor, gritaba: ¡*Callen las treinta voces!* Un día estaba yo colocado detrás de la oposición realista; tenía delante de mí a un caballero del Delfinado, de negra tez, pequeño de estatura, que saltaba de furor sobre su asiento y decía a sus amigos, señalando hacia el lado de la mayoría: «¡Caigamos, espada en mano, sobre esos miserables!». Las mujeres del mercado, que estaban haciendo calceta en las tribunas, lo oyeron, se levantaron, gritando todas a la vez, con sus calcetas en la mano y el espumarajo en la boca: ¡*Que lo ahorquen!*

El vizconde de Mirabeau, Lautrec y otros jóvenes nobles querían asaltar las tribunas.

Aquel escándalo fue eclipsado enseguida por otro: muchos peticionarios, armados de picas, se presentaron en la barra. «El pueblo se muere de hambre —dijo una voz—; ya es hora de tomar medidas contra los aristócratas y de colocarse a la altura de las circunstancias.» El presidente les replicó: «No perdemos de vista a los traidores, y la Asamblea hará justicia». Se promovía un nuevo alboroto: los diputados de la derecha gritaban que se marchaba a la anarquía; los diputados de la izquierda replicaban que el pueblo tenía derecho a expresar su voluntad, a quejarse de los fautores del despotismo, sentados en el seno de la representación nacional: de esta manera denunciaban a sus colegas al pueblo soberano, que los esperaba para colgarlos del primer farol.

Las sesiones de la noche superaban en escándalo a las de la mañana; se hablaba mejor y con mayor audacia a la luz de las arañas. La Sala del Manège era entonces un verdadero salón de espectáculos en el que se representaba uno de los mayores dramas del mundo. Los principales personajes pertenecían todavía al antiguo régimen; sus terribles sustitutos, ocultos detrás de ellos, no solían hablar. Al final de una violenta discusión, vi subir a la tribuna a un diputado de aire vulgar, de una figura pálida e inanimada, peinado correctamente y vestido con elegancia, como el administrador de una casa buena o como un notario de pueblo cuidadoso de su persona. Pronunció un discurso largo y enojoso; nadie le hacía caso; pregunté su nombre, y me dijeron que era Robespierre.

Quando antes de la Revolución leía yo la historia de los trastornos políticos ocurridos en varios pueblos, no concebía cómo se había podido vivir en aquellos tiempos; me asombraba de que Montaigne escribiese tan galanamente encerrado en un castillo del cual no podía salir sin correr el riesgo de ser cogido por las partidas de los de la Liga o de los protestantes.

La Revolución me ha hecho comprender la posibilidad de esta existencia. Los tiempos de crisis redoblan la vida de los hombres. En una sociedad que se derrumba y se reconstruye, la lucha de dos genios, el choque del pasado y del porvenir, la mezcla de las costumbres antiguas con las modernas, forman una combinación transitoria que no deja lugar al tedio. Las pasiones y los caracteres se manifiestan en toda su libertad, con una energía que no tienen, por lo común, en épocas normales.

Yo no podría pintar mejor la sociedad de 1789 y de 1790 que comparándola a la arquitectura de los tiempos de Luis XII y de Francisco I, cuando los órdenes griegos se mezclaron con el estilo gótico, o más bien asimilándola a la colección de ruinas y de sepulcros de todos los siglos, confundidos y amontonados, después del Terror, en los claustros de los Pequeños Agustinos; con la diferencia de que las ruinas de que yo hablo estaban vivas y variaban continuamente. En todos los rincones de París había reuniones literarias, sociedades políticas y de espectáculos; las futuras celebridades andaban desconocidas entre la multitud, como las almas a la orilla del Leteo antes de haber gozado de la luz. Yo vi al mariscal Gouvion-Saint-Cyr desempeñando un papel en el teatro de Marais, en *La madre culpable* de Beaumarchais. Entonces se saltaba del club de los Fuldenses al club de los Jacobinos, de los bailes y de las casas de juego a los grupos del Palais Royal, de la tribuna de la Asamblea Nacional a la tribuna al aire libre. Recorrían las calles diputaciones populares, piquetes de caballería y patrullas de infantería. En el teatro los actores publicaban las noticias; el público entonaba himnos patrióticos. Las piezas de circunstancias cautivaban a la multitud. Si aparecía un abate en escena, el pueblo gritaba: «¡Clerical, clerical!», y el abate respondía: «¡Señores, viva la nación!». Se iba a oír cantar a Mandini y a su esposa, a Viganoni y Rovedino, en la Ópera Bufa, después de haber oído aullar *Ça ira*; se admiraba a la señora Dugazon, a la señora Saint-Aubin, a Carlène, a la

pequeña Olivier, a la señorita Contat, a Molé, a Fleury, a Talma, que debutaba entonces, después de haber visto ahorcar al marqués de Favras.

Los paseos en el bulevar del Temple y en el de los Italianos, titulado *Coblenza*, y las calles del jardín de las Tullerías estaban inundados de mujeres rozagantes; tres jóvenes, hijas de Grétry, brillaban allí, blancas y sonrosadas como sus adornos; pero las tres murieron bien pronto. «¡Se ha dormido para siempre —dijo el padre, hablando de su hija mayor—, sentada sobre mis rodillas y tan hermosa como cuando vivía!». Infinidad de carruajes cruzaban las calles por donde hormigueaban los descamisados; se veía a la bella señora de Buffon, sentada y sola en un faetón del duque de Orleans, parado a la puerta de algún club.

La elegancia y el gusto de la aristocracia se encontraban en el hotel de La Rochefoucauld, en las *soirées* de la señora de Poix, de Hénin, de Simiane y de Vaudreuil y en algunos salones de la alta magistratura que permanecían abiertos. En casa del señor Necker, en la del conde de Montmorin y en la de los ministros, adonde concurrían, con la señora de Staël, la duquesa de Aiguillon y las señoras de Beaumont y de Serilly, alternaban todas las nuevas figuras de Francia y todas las libertades de las nuevas costumbres. El zapatero, con uniforme de oficial de la guardia nacional, tomaba de rodillas la medida de nuestro pie; el monje, que el viernes arrastraba su ropa talar, blanca o negra, se endosaba el domingo el sombrero redondo y el traje de burgués; el capuchino, afeitado, leía los periódicos en un figón, y en un círculo de mujeres locas se podía ver a una religiosa gravemente sentada. La gente visitaba estos conventos, abiertos al mundo, como los viajeros recorren en Granada salones desiertos de la Alhambra, o como se detienen en el Tíber bajo las columnas del templo de la Sibila.

Por otra parte, todo eran duelos y amores, mezclas de prisión y de fraternidad política, reuniones misteriosas; paseos

retirados, silenciosos, solitarios, juramentos eternos; ternuras indefinibles, entre el ruido sordo de un mundo fugitivo y el lejano rumor de una sociedad vacilante que amenazaba con desplomarse sobre las felicidades colocadas al borde de los sucesos. Unos se comprometían en la senda revolucionaria; otros fraguaban la guerra civil; algunos partían para el Ohio, precedidos de planos de castillos que pensaban levantar en el país de los salvajes; al par que otros marchaban a reunirse con los príncipes; los realistas afirmaban que tal estado de cosas terminaría una de aquellas mañanas por un decreto del Parlamento; los patriotas anunciaban como próximo el reinado de la paz y de la felicidad con el de la libertad.

¡Y he aquí cómo se juzgaba a Robespierre y a Mirabeau! «Tan difícil es para toda autoridad humana —decía *La Estrella*— prohibir que el pueblo francés discuta, como esconder el sol en la tierra o encerrarlo dentro de un agujero.»

El palacio de las Tullerías, cárcel enorme llena de condenados, se levantaba en medio de estas fiestas de la destrucción. Los sentenciados jugaban también, aguardando *la carreta, la campanilla, la camisa encarnada*, puesta a secar; y a través de las ventanas se veían las brillantes iluminaciones del círculo de la reina.

Circulaban profusamente folletos y diarios, sátiras y poemas; las canciones de las *Actas de los Apóstoles* respondían al *Amigo del Pueblo* o al *Moderador* del club monárquico, redactado por Fontanes; en el *Mercurio*, Mallet-Dupan, desde la tribuna política, se oponía a Laharpe y Chamfort, en la literatura del mismo diario. Champcnetz, el marqués de Bonnaville, Rivarol, Mirabeau, el joven (el Holbein de la espada, que levantó sobre el Rin la legión de los *húsares de la Muerte*), y Honorato Mirabeau, el mayor, se entretenían en hacer, cuando comían, caricaturas y *El Pequeño Almanaque de los grandes hombres*. Honorato iba a proponer al poco tiempo la ley marcial o la venta de los bienes del clero. Pasaba la noche en casa de la señora Jay, después de haber afirmado que no saldría de

la Asamblea Nacional sino por la fuerza de las bayonetas. *Igualdad* consultaba al diablo en las carreras de Montrouge, y regresaba al jardín de Monceaux a presidir las orgías dispuestas por Laclos. El futuro regicida no degeneraba de su raza; prostituido doblemente, la desmoralización lo entregaba, fatigado ya, a la ambición. Lauzun, ya ajado, comía en su casita de la barrera del Maine con bailarinas de la Ópera, agasajadas por Noailles, Dillon, Choiseul, Narbonne, Talleyrand y otros elegantes del día, de los cuales nos quedan dos o tres momias.

La mayoría de los cortesanos, célebres por su inmoralidad a fines del reinado de Luis XV y durante el reinado de Luis XVI, se habían alistado bajo la bandera tricolor: casi todos había combatido en América, tiznando sus cordones con los colores republicanos. La Revolución los empleó mientras se mantuvo a mediana altura, haciéndolos los primeros generales de sus ejércitos. El duque de Lauzun, el amante romántico de la princesa Czartoriska, el perseguidor de las mujeres en los caminos reales, el Lovelace que primero *tenía* a ésta y luego a aquélla, según la jerga noble y casta de la corte; el duque de Lauzun, nombrado duque de Biron, mandando a favor de la Convención en la Vendée, ¡qué compasión! El barón de Benzenval, cínico y embustero narrador de la corrupción de la alta sociedad, comprometido en el suceso de la Bastilla, a quien salvaron Necker y Mirabeau, únicamente porque era suizo, ¡cuánta miseria! Cuando la revolución se engrandeció, abandonó con desdén a los frívolos apóstatas de la monarquía; tuvo necesidad de sus vicios, y después de sus cabezas; no despreció ninguna sangre, ni aun la de la Dubarry.

El año 1790 puso digno remate a la desmoralización de 1789. Los bienes de la Iglesia pasaron al Estado, la constitución civil del clero fue decretada y la nobleza abolida.

Mirabeau perdió su popularidad en este año; sus relaciones con la corte eran evidentes. Necker se retiró del ministe-

rio sin que nadie tuviese deseos de sustituirlo. Las tías del rey partieron para Roma con pasaporte de la Asamblea Nacional. A su regreso de Inglaterra, el duque de Orleans se declaró el más humilde y obediente servidor del rey. Las sociedades de los *Amigos de la Constitución*, multiplicadas en el país, se adherían a la sociedad central de París, recibiendo sus inspiraciones y ejerciendo sus órdenes.

Notaba en mi carácter disposiciones favorables para la vida pública; lo que pasaba me atraía, porque entre la multitud podía conservar mi aislamiento, y no tenía que combatir mi timidez. Frecuenté los salones que participaban del movimiento universal, y en los que hice, a mi pesar, nuevos conocimientos.

La marquesa de Villette fue uno de ellos.

Su esposo, de una reputación calumniada, escribía con *Monsieur*, hermano del rey, en el *Diario de París*. La señora Villette perdió una hija de dieciséis años, más encantadora aún que su madre.

Mi regimiento, que estaba de guarnición en Ruán, conservó hasta muy tarde su disciplina. Pero, al fin, estalló la insurrección entre los soldados de Navarra. El marqués de Montemart emigró; los oficiales lo siguieron. Yo, que no había adoptado ni rechazado las nuevas opiniones, y estaba tan poco dispuesto a combatir las como a defenderlas, no quise emigrar ni continuar en la carrera militar, y me retiré.

Enteramente libre, sostenía frecuentes disputas con mi hermano y con el presidente de Rosambo y discusiones bastante agrias con Ginguené, Laharpe y Chamfort. A nadie agradaba, desde mi juventud, mi imparcialidad en política. Además, yo no concedía importancia a las cuestiones del día más que por la relación que tenían con las ideas generales de libertad y dignidad humanas; me fastidiaba la política personal; mi verdadera vida se hallaba en regiones más elevadas.

Las calles de París, llenas de gente día y noche, estorbaban mis callejeos. Para aislarme, me refugiaba en el teatro, insta-

lándome en el fondo de un palco, y dejaba errar mi pensamiento entre los versos de Racine, la música de Sacchini o los bailes de la Ópera.

El señor Monet, director de minas, y su hija, enviados por la señora Ginguéné, iban alguna vez a turbar mi soledad: la señorita Monet se colocaba en la delantera del palco, y yo me sentaba, entre contento y enfadado, a su espalda. Ignoro si me agradaba o la quería; lo que sé es que le tenía miedo.

Cuando se había marchado lo sentía, pero me alegraba de no volver a verla. Sin embargo, iba algunas veces sudando a buscarla a su casa para acompañarla de paseo; le daba el brazo, y creo que apretaba un poco el suyo.

Me obsesionaba la idea de ir a los Estados Unidos, y necesitaba un motivo de utilidad para mi viaje; pretendía descubrir el paso al Nordeste de la América. Este proyecto tenía algo de mi naturaleza poética. Nadie se ocupaba de mí: yo era entonces, lo mismo que Bonaparte, un mísero subteniente, enteramente desconocido; los dos partíamos de la oscuridad en la misma época: yo iba a buscar mi fama en la soledad; él, su gloria entre los hombres. Sin lazos con ninguna mujer, mi sílfide ocupaba aún mi imaginación. Yo soñaba la felicidad, realizando con ella mis correrías fantásticas en las florestas del Nuevo Mundo. Por la influencia de otra naturaleza, Atala se ha convertido, bajo las sombras de la Florida, en mi flor de amor, mi fantasma sin nombre de los bosques de la Armórica.

El señor de Malesherbes me animaba para este viaje. Todas las mañanas iba a verle: con la nariz pegada a los mapas comparábamos las diferentes líneas del casquete ártico; calculábamos las distancias del estrecho de Behring hasta la bahía de Hudson; comentábamos las relaciones de los navegantes y viajeros ingleses, holandeses, franceses, rusos, suecos y daneses; buscábamos el camino que se había de seguir por tierra para llegar a la ribera del mar polar; conocíamos las dificultades que había que superar, las precauciones que era preciso tomar contra el rigor del clima, los ataques de las fieras y la

falta de víveres. Este hombre ilustre me decía: «Si yo fuese más joven, le acompañaría, y me ahorraría el espectáculo de tantos crímenes, tanta locura y cobardía, pero a mi edad es preciso morir donde se está. No deje de escribirme en toda ocasión, comunicándome sus progresos y descubrimientos; yo haré que los valoren los ministros. Es una pena que no tenga usted conocimientos de botánica». Al acabar estas conferencias hojeé a Tournefort, Duhamel, Bernard do Jussieu, Grew, Jacquín, el diccionario de Rousseau, las *Flores elementales*, fui al jardín del rey, y ya me creía un Linneo.

En enero de 1791 tomé seriamente mi resolución. El caos aumentaba; bastaba llevar un nombre *aristocrático* para ser perseguido; cuanto más concienzuda y moderada era una opinión tanto más sospechosa se hacía, y más se la perseguía. Así pues, resolví levantar mis tiendas: dejé en París a mi hermano y a mis hermanas, y me dirigí a la Bretaña.

En Fougères encontré al marqués de la Rouërie y le pedí una carta para el general Washington. El coronel Armand (nombre que daban al marqués en América) se había distinguido en la guerra de la independencia americana. En Francia se hizo célebre por la conspiración realista que costó tan preciosas víctimas a la familia de Désilles. Rival de La Fayette y de Lauzun, precursor de La Rochejaquelein, el marqués de la Rouërie tenía más espíritu que ellos; como el primero, se había batido muchas veces; había raptado actrices en la Ópera como el segundo y se hubiera hecho compañero de armas del tercero. Recorría los bosques de Bretaña con un mayor norteamericano y acompañado de un monje sentado en la grupa de su caballo. Los estudiantes de Derecho de Rennes lo amaban a causa de su actividad y su libertad de ideas: había sido uno de los doce caballeros bretones que estuvieron presos en la Bastilla.

Elegí Saint-Malo para embarcarme, con el objeto de abrazar a mi madre. Permanecí aquí dos meses, haciendo los preparativos de mi viaje.

Me ajusté con un capitán, llamado Desjardins, que debía transportar a Baltimore al abad Nagault, superior del seminario de San Sulpicio, y a muchos seminaristas, bajo la dirección de su jefe. Tales compañeros me hubieran convenido más cuatro años antes: de cristiano celoso me había convertido en ateo. Este cambio se produjo por la lectura de libros filosóficos. Creía de buena fe que un espíritu religioso se veía paralizado hasta cierto punto; que había verdades que no podían llegar hasta él, por muy superior que fuese. Este orgullo bendito me hizo cambiar: yo suponía en el espíritu religioso la ausencia de una facultad que precisamente falta en el espíritu filosófico: la inteligencia limitada cree verlo todo, porque tiene los ojos abiertos; la inteligencia superior consiste en cerrarlos, porque lo ve todo por dentro. Finalmente, una cosa me vencía: la desesperación inmotivada que llevaba en el fondo del corazón.

Una carta de mi hermano anunciando a mi madre la muerte de Mirabeau fijó en mi memoria la fecha de mi partida. Tres días después de la llegada de esta carta me embarqué en el buque donde ya estaba mi equipaje. El sol se ocultaba en occidente cuando el práctico del puerto nos abandonó. El tiempo era sombrío, la brisa suave y las olas se estrellaban pesadamente contra las rocas de la costa, a algunos cables de distancia del buque.

Mis miradas se fijaban en Saint-Malo; acababa de dejar a mi madre bañada en llanto. Veía los campanarios de la iglesia donde había rezado con Lucila, los muros, los fuertes, las torres, los arenales donde transcurrió mi infancia con Gesril y mis camaradas de diversiones: abandonaba mi patria destruada en el momento en que perdía a un hombre a quien nadie podía reemplazar. Me alejaba igualmente incierto de los destinos de mi país y de los míos: ¿quién perecería; Francia o yo? ¿Volvería a ver esta Francia y a mi familia?

Por la noche nos detuvo la calma a la salida de la rada; los hogares de la ciudad y los faros se encendieron; estas luces, vacilantes bajo mi techo paterno, parecían sonreírme, dándome

me su último adiós, alumbrándome entre las rocas, las tinieblas de la noche y la oscuridad de las olas.

Acompañado de mi juventud y de mis ilusiones, desertaba de un mundo cuyo polvo había pisado y cuyas estrellas conté, por otro mundo cuyo cielo y tierra me eran desconocidos. ¿Qué me esperaba al llegar al término de mi viaje? Perdido en las playas septentrionales, los años habrían pasado en silencio sobre mi cabeza; la sociedad se habría renovado en mi ausencia. Yo no habría tenido nunca la desgracia de escribir; mi nombre hubiera sido ignorado, o no hubiera alcanzado más que una de esas apacibles reputaciones inferiores a la gloria que la envidia desdeña. ¿Quién sabe si yo hubiese atravesado de nuevo el Atlántico si no me hubiera establecido en las soledades, exploradas con tantos riesgos, como un conquistador en medio de sus conquistas!

¡Pero no! Yo debía volver a mi patria para cambiar en ella de miserias, para ser otra cosa de lo que había sido. Este mar, que me vio nacer, iba a ser la causa de mi segunda vida; yo iba por él, en mi primer viaje, como en los brazos de mi nodriza, confidente de mis primeras lágrimas y de mis primeros placeres. El reflujo, a falta de viento, nos arrastraba; las luces de la costa fueron desapareciendo. Cansado de reflexiones, de pesares vagos y de esperanzas más vagas aún, bajé a mi camarote, me acosté, balanceándome en mi hamaca al ruido de las olas que acariciaban el flanco del buque; se levantó viento, las velas se hincharon, y cuando a la mañana siguiente subí a cubierta, ya no se veía la tierra de Francia.

Londres, de abril a septiembre de 1822

Mi viaje a América

Salimos del canal de la Mancha y la inmensa marejada del Este nos anunció el Atlántico. El viento nos obligó a acercarnos al Norte y atracamos en el banco de Terranova. Algunos

tre los diversos Estados, como ocurre ya respecto de las provincias de un mismo Estado; cuando los diferentes países, en sus diarias relaciones, tiendan a la unidad de los pueblos, ¿cómo resucitaréis el antiguo régimen de separación?

La sociedad, por otra parte, no se ve menos amenazada por la expansión de la inteligencia de lo que lo está por el desarrollo de las fuerzas de la naturaleza bruta. Suponed una multitud de brazos condenados al ocio, en razón de la multiplicidad y variedad de las máquinas; admitid que un mercenario único y general, la materia, reemplace a los mercenarios que trabajan la tierra o que se ocupan de tareas domésticas, ¿qué haréis con el género humano desocupado?, ¿qué haréis de las pasiones ociosas, al mismo tiempo que de la inteligencia? El vigor corporal se sostiene por medio de la ocupación física; si cesa el trabajo, la fuerza desaparece, en cuyo caso seríamos semejantes a esas naciones de Asia, presas del primer invasor, y que no pueden defenderse contra una mano que maneja la espada. Así la libertad no se conserva más que por el trabajo, porque el trabajo produce la fuerza: retirad la maldición pronunciada contra los hijos de Adán, y éstos perecerán en la servidumbre: *In sudore vultus tui, vesceris pane.*

En medio de esto, advertid una contradicción fenomenal: el estado material mejora, el progreso intelectual se acrecienta, pero las naciones, en lugar de aprovechar tales ventajas, se degradan; ¿de dónde nace esta contradicción?

Nace de que hemos perdido en el orden moral. En todos los tiempos ha habido crímenes, pero no se perpetraban a sangre fría, como sucede actualmente, por efecto de la pérdida del sentimiento religioso; ahora no alarman, porque sólo parecen una consecuencia de la marcha de los tiempos; si antiguamente se les juzgaba de otro modo, era, como generalmente se asegura, porque no estábamos bastante adelantados en el conocimiento del hombre; en la actualidad se les analiza y se les prueba en el crisol para ver qué utilidad puede obte-

nerse de ellos, a la manera que la química encuentra ingredientes en los muladares. Las corrupciones del espíritu, mucho más destructoras que las de los sentidos, se aceptan como resultados necesarios, no pertenecen ya a algunos individuos perversos, sino que han pasado al dominio público.

Muchos hombres creeríanse humillados si se les demostrase que tienen un alma y que más allá de esta vida encontrarán otra; se creerían faltos de firmeza, de fuerza y de talento si no se sobrepusiesen a la pusilanimidad de nuestros padres; adoptan la nada, o si se quiere la duda, como un hecho acaso desagradable, pero como una verdad inconcusa. ¡Admirad la estupidez de nuestro orgullo!

He aquí cómo se explica la muerte de la sociedad y el progreso del individuo. Si el sentido moral se desarrollase en razón directa del desarrollo de la inteligencia, habría un contrapeso y la humanidad podría avanzar sin peligro alguno; pero, desgraciadamente, sucede todo lo contrario; la percepción del bien y del mal se oscurece a medida que la inteligencia se ilumina, y la conciencia se contrae a medida que las ideas se ensanchan. Sí; la sociedad perecerá, la libertad que podía salvar al mundo no marchará porque no se apoya en la religión, y el orden que podía mantener la regularidad no se establecerá sólidamente porque lo combate la anarquía de las ideas.

Digamos también algunas palabras acerca de la igualdad absoluta. Esta igualdad traería consigo no sólo la esclavitud de los cuerpos sino también la de las almas; se trataría nada menos que de destruir la desigualdad moral y física del individuo.

Puesta la voluntad en tutela bajo la vigilancia de todos, caerían en desuso nuestras facultades. Lo infinito, por ejemplo, entra en nuestra naturaleza; pues bien: prohibamos a nuestra inteligencia o siquiera a nuestras pasiones que conciban bienes sin término, y reduciremos al hombre a la vida del caracol, lo convertiremos en máquina.

Porque no os forjéis ilusiones: sin la posibilidad de llegar a todo, sin la idea de vivir eternamente, todo se aniquila; sin la propiedad individual nadie es libre; el que carece de propiedad no puede ser independiente y se convierte en proletario o asalariado, ora viva en la condición actual de las propiedades particulares o en medio de una propiedad común. Ésta haría a la sociedad semejante a uno de los monasterios a cuya puerta los ecónomos reparten el pan.

La propiedad hereditaria e inviolable es nuestra defensa personal: la propiedad no es otra cosa que la *libertad*.

La *igualdad absoluta*, que presupone la *sumisión completa* a esta *igualdad*, reproduciría la más dura esclavitud y convertiría al individuo en una acémila sometida a la acción, y precisada a marchar sin fin por el mismo sendero.

Por último, mis investigaciones me han hecho deducir que la antigua sociedad se derrumba, que es imposible a quien no sea cristiano comprender una sociedad futura que prosiga su curso satisfaciendo a la vez la idea puramente republicana o la idea monárquica modificada. En todas las hipótesis, las mejoras que se desean no pueden salir más que del Evangelio.

No hay solución para el porvenir más que en el cristianismo, y en el cristianismo católico; la religión del Verbo es la manifestación de la verdad, como la creación es la visibilidad de *Dios*.

Personas ilustradas no comprenden que un católico como yo se obstine en sentarse a la sombra de lo que ellas llaman ruinas; según esas gentes, esto es una apuesta, un partido tomado. Pero dígaseme por piedad, ¿dónde encontraré una familia y un Dios en la sociedad filosófica individual que se me propone? Señáleseme, y lo adoptaré; en caso contrario, no os parezca mal que me acueste en la tumba de Jesucristo, único abrigo que me han dejado ustedes al abandonarme.

No, no he hecho una apuesta conmigo mismo; hablo con sinceridad. He aquí lo que me ha sucedido: de mis proyectos,

de mis estudios, de mi experiencia, no me queda más que un desengaño completo de todas las cosas de este mundo.

Mi convicción religiosa, engrandeciéndose, ha devorado mis demás convicciones; no hay en la tierra cristiano más creyente ni hombre más incrédulo que yo.

¿La obra inspirada por mis cenizas y destinada a mis cenizas subsistirá después de mí? Posible es que mi trabajo sea malo, posible es que al ver la luz, estas *Memorias* caigan en el olvido, pero, al menos, las cosas que me he referido a mí mismo habrán servido para distraer el fastidio de estas últimas horas que a nadie agradan y de las que nadie sabe qué hacer. El fin de la vida constituye una época amarga: todo disgusta, porque uno no es digno de nada, no sirve para nadie y es una carga para todos; un único paso nos separa de nuestra última morada: ¿de qué serviría soñar sobre una playa desierta?, ¿qué amables sombras se divisarían en el porvenir? Vayan en horamala las nubes que vuelan ahora sobre mi cabeza.

Se me ocurre una idea que me turba; mi conciencia no está tranquila acerca de la inocencia de mis vigiliass; temo haberme obcecado y haber sido demasiado complaciente con mis faltas. ¿Es justo lo que he escrito? ¿He observado rigurosamente la moral y la caridad? ¿He tenido el derecho de hablar a los demás? ¿De qué me serviría el arrepentimiento si estas *Memorias* produjesen algún daño?

En cada una de mis tres carreras me había propuesto un objetivo importante: viajero, he aspirado al descubrimiento del mundo polar; literato, he procurado restablecer el culto sobre sus ruinas; hombre de gobierno, me he esforzado por dar a los pueblos el sistema de la monarquía ponderada, por colocar a Francia en el lugar que le corresponde en Europa y por devolverle la fuerza que los tratados de Viena le habían hecho perder; al menos he contribuido a conquistar esa libertad que vale por todas, la libertad de imprenta. En el orden divino, religión y libertad; en el orden humano, honor y gloria (que son

la manifestación humana de la religión y de la libertad); he aquí lo que he deseado para mi patria.

De los autores franceses de mi época, soy casi el único que se parece a sus obras; viajero, soldado, publicista, ministro, he cantado los bosques en los bosques, he pintado el Océano sobre los búques, en los campamentos he hablado de las armas, en el desierto he mostrado lo que supone estar desterrado, y en las cortes, en los negocios, en las asambleas, he estudiado a los príncipes, la política y las leyes.

Me he encontrado entre dos siglos como en la confluencia de dos ríos, y me he sumergido en sus turbias aguas, alejándome a mi pesar de la antigua ribera donde nací y nadando con esperanza hacia una orilla desconocida.

La geografía ha sufrido un cambio completo desde que, según la expresión de nuestras antiguas costumbres, pude mirar el cielo de mi cama. Si comparo dos globos terrestres, el del principio y el del fin de mi vida, ya no hallo semejanza entre ellos. Una quinta parte de la tierra, Australia, ha sido descubierta y poblada; un sexto continente acaba de divisarse por velas francesas en los hielos del polo Antártico; y los Parry, los Ross, los Franklin han recorrido en nuestro polo las costas que delinean el límite de América en el septentrión; África ha abierto sus misteriosas soledades, y no hay un rincón de nuestro globo que sea actualmente desconocido. Acométanse todas las lenguas de tierra que separan el mundo, y pronto se verá sin duda enviar buques por el istmo de Panamá, y quizá por el de Suez.

La historia ha hecho paralelamente descubrimientos en remotas edades: las lenguas sagradas han permitido leer su vocabulario perdido, y hasta en los granitos de Egipto ha descifrado Champollion esos jeroglíficos que parecían ser un sello colocado en los labios del desierto para que respondiera de su eterna discreción.

Si las recientes revoluciones han borrado del mapa a Polonia, Holanda, Génova y Venecia, otras repúblicas ocupan una parte de las orillas del gran Océano y del Atlántico.

En estos países, la civilización perfeccionada podría prestar socorros a una naturaleza enérgica: los barcos de vapor montarían esos ríos destinados a convertirse en vías de fácil comunicación, después de haber sido obstáculos invencibles, y las orillas de los ríos se cubrirían de ciudades y aldeas, como hemos visto de los desiertos del Kentucky surgir nuevos Estados americanos.

Estas transformaciones no se han limitado a lo material: el hombre, por el instinto de su inmortalidad, ha mirado hacia arriba, y a cada paso que ha dado en el firmamento, ha reconocido milagros del poder infinito. Aquella estrella que parecía sencilla a nuestros padres, es doble y triple a nuestros ojos; y los soles interpuestos delante de los soles, se hacen sombra y carecen de espacio debido a su número. En el centro de lo infinito ve Dios desfilar a su alrededor esas magníficas teorías, pruebas añadidas a las pruebas de la existencia del Ser supremo.

Gracias a lo excesivo de mis años, mi monumento se ha concluido. Esto para mí es un gran consuelo; sentía que alguien me empujaba: era el patrón de la barca en la que tengo reservada plaza que me advertía de que no me quedaba más que un momento para subir a bordo. Si hubiera sido el dueño de Roma, diría, como Sila, que acabo mis *Memorias* la víspera de mi muerte; pero no concluiría mi relación con las palabras con que él concluyó la suya:

«He visto en sueños a uno de mis hijos que me mostraba a Metela, su madre, y me exhortaba a ir a gozar del reposo en el seno de la felicidad eterna».

Si yo hubiera sido Sila, la gloria no habría podido darme jamás el reposo y la felicidad.

Se formarán nuevas borrascas, creemos presentir calamidades superiores a las aflicciones que nos abruma, y pensamos ya en vendar nuevamente las antiguas heridas para volver al campo de batalla. Sin embargo, no me parece que puedan sobrevenir en fecha próxima otras calamidades porque

los pueblos y los reyes están igualmente cansados; catástrofes imprevistas no caerán sobre Francia: lo que me siga no será más que la consecuencia de la transformación general. Sin duda se pasará por situaciones penosas porque el mundo no podrá cambiar de aspecto sin dolor. Pero, lo repito, no serán revoluciones aisladas, sino el efecto de la gran revolución que marcha a su término. Las escenas de mañana no me competen; llaman a otros pintores; conquie a ello, señores.

Al trazar estas últimas palabras, hoy 16 de noviembre de 1841, mi ventana de la calle del Bac, que cae al Oeste, a los jardines de las Misiones Extranjeras, está abierta; son las seis de la mañana y veo la luna pálida, en cuarto creciente, que desciende sobre la veleta de los Inválidos, revelada apenas por el primer rayo dorado de Oriente: diríase que el antiguo mundo concluye y que principia el nuevo. Veo los reflejos de una aurora cuyo sol no veré surgir. Sólo me queda el recurso de sentarme al borde de mi tumba, después de lo cual bajaré resueltamente con el crucifijo en la mano a la eternidad.

Índice

Prólogo: La obra literaria y política de Chateaubriand	7
Cronología	45
Bibliografía	59
MEMORIAS DE ULTRATUMBA	
Introducción	65
Antecedentes familiares	69
Nacimiento de mis hermanos. - Mi venida al mundo. - Plan- couët, - Voto. - Combourg. - Plan de mi padre para mi educación. - La Villeneuve. - Lucila. - Las señoritas Coupart. - Principios de mal estudiante	73
Vida de mi abuela materna y de su hermana en Plancouët. - Mi tío, el conde De Bedée, en Monchoix. - Relajación del voto de mi nodriza. - Cambios en mi educación. - La pri- mavera en Bretaña	79
Salida para Combourg. - Colegio de Dol. - Matemáticas y lenguas. - Rasgos de mi memoria. - Vacaciones en Com- bourg	92
Regimiento de Conti. - Campamento de Saint-Malo. - Una abadía. - Teatro. - Casamiento de mis dos hermanas mayo- res. - Regreso al colegio	96